

# “La bella durmiente del bosque”, una historia revisitada. Intertextualidad en *Jardín de Dulce María Loynaz*

¿Qué sería del logocentrismo, de los grandes sistemas filosóficos, del orden del mundo en general, si la piedra sobre la que han fundado su iglesia se hiciera añicos?  
Entonces, todas las historias se contarían de otro modo.

HÉLÈNE CIXOUS

harles Perrault vivió en París, en pleno siglo XVII (nació el 12 de enero de 1628; murió el 16 de mayo de 1703), como parte de una familia burguesa; asistió a las mejores escuelas, trabajó en el servicio gubernamental; de posición acomodada, tomó parte en la creación de la Academia de las Ciencias y en la restauración de la Academia de Pintura. En 1670 ocupó uno de los sillones de la Academia de la Lengua Francesa. “En 1697 provoca una de las más curiosas polémicas de entonces, cuando leyó ante sus colegas de la Academia el poema *El siglo de Luis el Grande*, en el que, después de establecer un paralelo entre los antiguos y los modernos, llega a la conclusión de que los últimos son superiores a los primeros” (Álvarez, 1985: XII).<sup>1</sup>

A los 69 años, Perrault escribió el libro *Cuentos de mamá ganso*; esta publicación empezó a darle fama entre sus conocidos y significó el inicio de

1 Cita obtenida del “Prólogo” escrito por María Deme Álvarez para *Cuentos de Perrault* (Perrault, 1985).

un nuevo estilo de literatura: los cuentos de hadas. Para sus relatos, recurrió a paisajes que le eran conocidos, como el castillo de Ussé para el cuento de "La bella durmiente del bosque". Así, "un tal Perrault —que en paz descansen—", como expresara la escritora argentina Luisa Valenzuela en el cuento "La llave" (Valenzuela, 1998: 94), el cual viviera en la Edad Moderna francesa, al término de la Edad Media (en el antiguo régimen en Francia, prácticamente junto a Luis XIV, el Rey Sol, el máximo exponente de la monarquía absoluta o absolutismo; tiempo de gran esplendor para las clases privilegiadas del viejo continente...), tuvo gran influencia en la vida y escritura de las mujeres de los siglos XX y XXI.

En 1697, año en el que posiblemente Perrault escribió "La bella durmiente del bosque", hace 311 años, en un contexto monárquico, económicamente superior, en el cual las mujeres de la corte servían fundamentalmente de ornato (lucían vestidos, joyas y peinados ostentosos), el autor nunca imaginó la transformación que tendrían las sociedades tres siglos después ni que las relaciones entre hombres y mujeres cambiarían tanto. Y Perrault murió sin saber que, a pesar de todo —a no sólo 100 años de la maldición de la bruja, o hada mala o *brhada*,<sup>2</sup> para permanecer dormidas en espera del príncipe azul, isino aún más de trescientos años después!—, a nuestras generaciones, a miles de kilómetros de mar y tierra, madres y abuelas les iban a continuar contando y recontando el cuento de hadas "pasado de moda", como dice irónicamente Loynaz, y sin imaginar

que la tradición procuraría que lo lleváramos a la vida práctica.

En "La bella durmiente del bosque" de la fuente consultada, existe al final una moraleja, a la que llaman "enseñanza", y que reza: "El mal y el error pueden estar donde menos se espera. Se debe estar siempre alerta". No había leído versión semejante con mayor presión para las mujeres, quienes deben pasar la vida cuidándose, tanto de una bruja mala como de no pincharse con el huso o de propiciar algún cambio en la historia, o de cualquier otro tipo de mal o error; ellas sólo deben encontrar la virtud para que puedan ser felices por siempre.

La moraleja misma, sin embargo, me incita a preguntar: ¿y cuando la historia no se cumple?, ¿qué sucede ahora, después de tantos años, cuando hay princesas rurales o urbanas que no hacen caso de los preceptos, como la

protagonista —Bárbara— de la novela *Jardín de Dulce María Loynaz*? : "Bárbaras urbanas puestas a hacer números, a hacer ropa de



venta al por mayor [...] Princesas desencantadas desde hace mucho tiempo, sin lámina brillante y sin historia que contar [...] (Loynaz, 1993: 83).

Si han pasado más de tres siglos, habrá que visitar la historia. En pleno siglo XXI ya no

Dr. Atl, Nahui Olin leonado, 45 x 45,5 cm., lápiz, plomo y carbón sobre papel, s/f.

2 Término acuñado por la escritora argentina Luisa Valenzuela en el cuento "No se detiene el progreso" (parodia del tradicional "La bella durmiente del bosque"): éste denota una "combinación de bruja y hada", que era "el hada más sensata de la comarca, cualidad no demasiado bien vista en aquellos tiempos por demás atrabiliarios" (Valenzuela, 1998: 71).

se vive entre tules y gasas, y menos en esta América a la que fuimos convidadas. Dulce María Loynaz nació en La Habana, Cuba, en el siglo XX (1902); época en que, sin embargo, los usos y costumbres aún eran decimonónicos, sobre todo para las mujeres. Muchos factores cambiaron la historia: Loynaz, perteneciente a la clase patricia cubana, tuvo la oportunidad de estudiar, de ser una mujer culta y con mucho mundo; su contacto con la Europa modernizada y culta cambió por completo su visión de las mujeres, no obstante, perdidas en los espesos jardines de la geografía americana.

Así, Loynaz plasmó su visión del mundo y de la vida en *Jardín*, novela "lírica", como la nombró, e hizo una resignificación del citado cuento de Charles Perrault, en la historia de la protagonista, Bárbara y el incierto hombre que vino del mar. Como dice Humberto Guerra:

Es fácil comprender que en el texto se acepta el orden de cosas donde se establecen los roles tradicionales. No obstante Bárbara tendrá que salir al mundo y si bien ella continúa siendo una "bella durmiente", no deja de percibir que existen muchas mujeres que, habiendo estado en su misma situación, ahora son mujeres desencantadas, ya que la vida se les ha presentado de una forma muy diferente a la concebida en la fantasía.

(Guerra, 2002: 46-47)

Respecto a los roles tradicionales, Guerra cita a Luisa Campuzano, quien en "Últimos textos de una dama: crónicas y memorias de Dulce María Loynaz" (Guerra, 1995: 48), expresa lo siguiente: "Este vacío de acción feminista es el que va a ocupar Dulce María Loynaz con un proyecto que si bien no roza, 'ni con el pétalo

de una flor', la institución patriarcal, y mantiene los roles sexuales tradicionales y el registro de imágenes atribuidas a la condición femenina, coloca sin embargo a la mujer en el eje de un discurso que [...] implica una trasgresión del canon tradicional".

Considero que la afirmación anterior es contradictoria, puesto que sólo el hecho de colocar a la mujer dentro de un discurso que implica trasgresión es ya no aceptar ni mantener los roles sexuales tradicionales, sobre todo con una convicción ideológica, como lo demuestra Bárbara a lo largo de la novela; Dulce María Loynaz es una crítica acérrima a tal institución, principalmente en "Glosa de un cuento pasado de moda" y en la quinta parte de la novela, del capítulo I al V, que inicia con el epígrafe de José Martí: "Así es la Tierra ahora: una vasta morada de enmascarados".<sup>3</sup>

Cuando el Príncipe se encontró junto a la Bella Durmiente, cayó en la cuenta de que se había olvidado de consultar en sus viejos códices miniados la fórmula para desencantarla.

Pensó entonces en su largo viaje, en los peligros afrontados, en la angustia de los suyos, en su país tan lejano [...]

[...] y de pronto al Príncipe le pareció tan hermosa que por un momento se interrumpió en sus pensamientos [...] inclinándose su rostro, le dio un beso [...]  
(Loynaz, 1993: 47-48)

Esto es una crítica llena de ironía por parte de Loynaz, puesto que desde el principio anuncia que el príncipe, sin consultar sus códices de la razón, las fórmulas para desencantar a la princesa, no sabe por qué ni para qué está en ese mundo, y piensa en otras cosas, en sus máscaras de valentía y peligros afrontados; de suerte que sólo de manera casual, porque le parece hermosa, despierta a la bella durmiente. Posteriormente, la escritora cubana anota: "A pesar de todo, el primer amor de una mujer se parece al príncipe de este cuento. Se parece como un póstumo a su hermano mayor, como un fantasma,

3 En esta parte, Bárbara exhibe irónicamente el mundo de organización patriarcal y hace hincapié en que la catástrofe de la racionalidad moderna es producto del hombre que contradice la civilización con sus actos cotidianos e irracionales. "Los hombres han olvidado su vínculo con la naturaleza, con su alma, con la sombra de su alteridad complementaria. En otros términos ha perdido la natural armonía de los contrarios. Como consecuencia, las máscaras en lugar de los rostros. Entre el sujeto y el objeto, el hombre y la naturaleza, no hay nupcias sino antagonismo extremo", anota Aralia López González en "La otra orilla de Edén. *Jardín*, novela de Dulce María Loynaz" (Aralia López González, *s.l.n.a.* y *s.p.i.* Por lo tanto, no se incluye en la bibliografía *N. de la R.*).

como un cuento a otro cuento” (Loynaz, 1993: 48); otra manera de expresarlo: “unos y otros son iguales, a través de los tiempos”.

Por otro lado, Dulce María Loynaz en *Jardín*, desde la reescritura de este anacrónico cuento de hadas, no permite que Bárbara, nueva bella durmiente (“Bárbara, por detrás, por arriba, por abajo, por siempre [...], pega su cara pálida a los barrotes de hierro” (Loynaz, 1993: 316); alegoría de todas las mujeres: de su bisabuela del mismo nombre, de ella misma, de la parte de este personaje que queda en nosotras, mujeres del siglo XXI), tenga un sueño pasivo durante los 100 años de recuerdos, y le exige hacer memoria de su centenario pasado a través, primero, de fotografías y, luego, de cartas, para posteriormente obligarla a profundizar en su interior; de tal suerte, ella encuentra el “pabellón”, el castillo incrustado en el enorme jardín de su casa, enmarañado entre la maleza y oculto por el tiempo y las alimañas, representación del descubrimiento de sí misma antes de que el fantástico “príncipe azul” la descubra, la desencante y la rescate con el mítico beso.

Así, tras haber rescatado su pasado e ido hasta lo profundo de los secretos del pabellón (la continuación de sus propios secretos, de su propio pasado), de modo contrario a la llegada del príncipe, un gran impacto le genera su descubrimiento: la libertad.

Bárbara leía, pero las frases eran vagas y se quedaban cortadas siempre; la palabra *libertad*, escrita con mayúscula en la inicial, se repetía con frecuencia, y entre renglones se adivinaba a veces como un reflejo de rebeldía juvenil que se perdía pronto por los agujeros de papel [...] la palabra *libertad*, para cobrar más trascendencia, se escribía ya toda con mayúsculas [...] (Loynaz, 1993: 84)

Bárbara descubrió su pasado, el pasado de las mujeres, el de su bisabuela muerta; descubrió que tenía aproximadamente veinte años y que existía la palabra libertad. Era ella pero no era ella, pues se identificaba totalmente con la mujer de todos los tiempos, con la bella durmiente, pero...

EL FARO

Diario ind...

Jueves 10 de septiembre de 189...

La fecha no venía bien con su recuerdo; no podía saber, no podía recordar ella nada entonces. No vivía, no existía en aquella época. No había nacido todavía [...]

Se había equivocado.

(Loynaz, 1993: 84)

Bárbara no estaba equivocada: era ella, era su bisabuela, eran todas las mujeres, pero ya no era la que Perrault había narrado; ahora empezaba a narrarse sola [...] <sup>4</sup> Sin embargo, el descubrimiento de sí misma le causó una gran confusión y conmoción:

Una vez cayó y no se levantó más. La tiniebla más negra que cuantas ella había hendido, como si todas las noches del mundo se hubieran derrumbado sobre sus párpados, una tiniebla que no la rodeaba ya, sino que se filtraba goteándole el corazón, humedeciéndole los huesos, penetrándola toda en cuerpo y alma, una tiniebla que le pesaba en la frente, que le dolía en los ojos, le había caído encima desde una altura de siglos.

(Loynaz, 1993: 85)

Luego del encuentro de sí misma, del hallazgo del ancestral pabellón, sobreviene una larga convalecencia, pues Bárbara se reconoce como un ser de la nada, ya que prácticamente se hallaba sola, aislada de cualquier información mundana, atrapada en un lapso de 100 años de amnesia histórica, a los que sólo tuvo acceso a través de fotos, de cartas y, sobre todo, del misterioso *metacastillo* inmerso en el jardín.

Es Bárbara la durmiente reescrita y la trasgresora. Despertó al mundo humano como una mujer vegetal, hecha de jardín, y era en el jardín donde resguardaba todo su ser. “En la

4 A la manera de Luisa Valenzuela en el cuento “La llave”, del apartado “Cuentos de Hades”: “Pero hay que reconocer que empecé con suerte, a pesar de aquello que llegó a ser llamado mi defecto por culpa de un tal Perrault —que en paz descanse—, el primero en narrarme. Ahora me narro sola”. (Valenzuela, 1998: 94)

anécdota, Bárbara vive aislada en el jardín, *su jardín; tan suyo, que era toda su patria, todo su espacio, todo su mundo. Junto al jardín había vivido siempre. En él había crecido, y más que en él, de él mismo.* Criatura casi vegetal, casi intangible, Bárbara vive en una casa, ya invadida por el jardín, en un tiempo eterno, en el cual, las manecillas del reloj se han detenido" (Araújo, 1995: 145). Sin embargo, no esperó a que el príncipe llegara a buscarla, ella misma se rescató primero durante un largo tiempo, para después dirigirse hacia el mar, hacia las rocas, a explorar un mundo fuera del jardín, fuera de sí misma; se fue a mirar hacia fuera, a encontrar el mundo, a encontrarlo a él y cambiar la historia.

Bárbara, la mujer sin pasado, había terminado sola; ahora sólo continuaba el acoso de la sombra de la bruja Laura, su nana, quien vigilaba que la maldición se cumpliera. ¿Ella sería la *brhada* que le lanzó la maldición?:



Luego le tocó el turno al hada vieja, la cual, echando atrás la cabeza con desprecio, *expresó su deseo de que, cuando la niña llegase a doncella, se pinchase el dedo con un huso y muriese de la herida.*

Al oír tan horrible predicción, todos los huéspedes se estremecieron y algunos se pusieron a llorar. Los padres, que hasta entonces se habían mostrado tan felices, cayeron en un estado de doloroso abatimiento. Pero entonces salió la joven hada de su escondrijo y habló en tono alegre:

—Anímense sus Majestades y sírvales de consuelo saber que la Princesa no morirá. No tengo virtud para conjurar por completo la desgracia que acaba de desearle mi anciana hermana. *Nada de este mundo impedirá que la Princesa se pinche un dedo con un huso, pero, en vez de morir, caerá en profundo sueño que durará cien años y del que, al cabo de este tiempo, el hijo de un rey vendrá a despertarla.*

Apenas se hubieron pronunciado estas palabras, todas las hadas desaparecieron.

El rey, en su deseo de que nunca llegara a cumplirse el maleficio, publicó un bando prohibiendo a todo el mundo hilar y hasta tener husos, tornos o devanaderas en sus casas, bajo pena de muerte inmediata.

Un día, ya cumplidos los quince años, la princesa acompañó a sus padres a uno de los castillos, donde la dejaron a sus anchas, y discurriendo por las varias dependencias, llegó a lo alto de una torre, donde encontró a una ancianita muy vieja, y tan sorda que no había oído el bando del Rey, muy atareada con el huso, al que daba vueltas y más vueltas.

—¿Qué haces aquí, buena mujer? —preguntó la Princesa.

—Estoy hilando, hermosa niña —le contestó.

—¡Ah! ¡Qué trabajo tan bonito! ¿Cómo lo hacéis? —Dejadme probar.

Apenas había cogido el huso, como lo hizo atropelladamente y con cierta torpeza, se dio una punzada en el dedo con la punta, y aunque la herida apenas era perceptible, se desmayó inmediatamente y cayó al suelo (Perrault, 1985: 59-61).<sup>5</sup>

5 El énfasis en cursivas es mío.

La anciana negra estuvo presente cuando terminó la convalecencia de Bárbara. El letargo había pasado; comenzó a pasar cuando la nueva bella durmiente supo de la existencia de un mundo mucho más allá que el conocido. Pero ella quería profundizar en él y, sin embargo, se le había perdido:

Llegó a las rejas del jardín. Vio por primera vez, después de su enfermedad, el mar verde claro que se movía entre las ramas con una alegría de esmeraldas en un plato [...] Estuvo mucho tiempo así, fundida en la vida oscura del jardín, adentrada en aquel silencio de la selva [...] Allí en el umbral de la puerta, estaba Laura, la vieja criada, la fabulosa criada [...] Parecía ya vivir en otro mundo.

Se acercó más a ella, y muy suavemente apoyó su mano en el huesudo hombro de la bruja [...]

—Laura, óyeme: ¿sabes tú, por favor, por amor, dónde, en qué punto, bajo qué árbol, al final de qué sendero, en qué sombra del jardín está escondido el pabellón? (Loynaz, 1993: 90, 91, 92)

Por toda respuesta, Bárbara recibió las siguientes palabras: “—Tienes el diablo dentro del cuerpo; lo tuviste siempre [...] desde hace cien años.<sup>6</sup> Y la voz no sonó, sino que se deshizo, se desmoronó en el aire como un puñado de tierra que se arroja” (Loynaz, 1993: 93). Bárbara había descubierto su huso y estaba dispuesta a ser pinchada por él, a descubrir la vida, el mundo, el otro mundo que ya había encontrado, y no pararía sus esfuerzos hasta volverlo a ver e investigar de nuevo, como también lo harían otras mujeres en otros tiempos (cien años después), como apunta Luisa Valenzuela:

*Cien años después*

empiezan a abrirse las malezas que protegen y a la vez aprisionan a la bella durmiente [...] Ha transcurrido un siglo. La princesa de los dones está como entonces, como en el momento de dormirse: bella, resplandeciente, refinada, hacendosa, más misteriosa que nunca. Y bastante atrasada de noticias. Sus ropajes son de otras



épocas,  
y no sólo sus  
ropajes.

*El príncipe azul sólo  
atina a cambiarle el  
ajuar. Es así  
como la quiere,  
con ideas de  
antes y la moda  
de su tiempo.<sup>7</sup>*

Ya no es la misma historia: la curiosidad, cualidad “tan femenina”, se había apoderado de ella. Luisa Valenzuela expresa: “paso a leerles la moraleja que hacia fines de 1600 el tal Perrault escribió de mi historia:”

A pesar de todos sus encantos, la curiosidad causa a menudo mucho dolor. Miles de ejemplos se ven todos los días. Que no se enfade el sexo bello, pero es un efímero placer. En cuanto se lo goza ya deja de ser tal y siempre cuesta demasiado caro [...] ¡La sagrada curiosidad, un efímero placer!, repito indignada, y mi indignación permanece intacta a lo largo de siglos [...] Me llevó siglos perfeccionar el entendimiento gracias al cual realizo este trabajo de

6 Aralia López González menciona en el ensayo antes citado que “Cien es el número de la individualización y multiplica a 10, que es la suma de los cuatro primeros números (1+2+3+4) y tiene el sentido de la totalidad, del término y del retorno a la unidad tras el desarrollo del ciclo de los nueve primeros números. Es símbolo de origen, de lo múltiple y de la manifestación”.

7 En el cuento “No se detiene el progreso”, Luisa Valenzuela hace una fina ironía respecto a la antigua historia, tan actual en el imaginario masculino que prefiere a las mujeres muy modernas pero con pensamiento antiguo (Cfr. Valenzuela, 1998: 74). Las cursivas son mías.



concientización, como se dice ahora.

(Valenzuela, 1998: 95)

Ya no es la misma historia: Bárbara no es la bella durmiente pasiva, es la mujer curiosa; no es la princesa en espera del hombre-príncipe que viniera a rescatarla de ese mundo de maleza y sombras, como en el cuento del siglo XVII:

Por fin llegó el Príncipe a una habitación toda de oro donde le sorprendió el cuadro más hermoso que en su vida vieran sus ojos. Sobre un lecho cuyas cortinas estaban descorridas por todos lados, estaba una Princesa que parecía tener quince o dieciséis años, y cuya belleza tenía algo de luminoso y divino. Temblando de gozo y lleno de admiración, el Príncipe se acercó a la cama y se arrodilló. Como el fin del hechizo había llegado, la Princesa se despertó inmediatamente, y mirando al joven con ternura, dijo en tono soñoliento:

—¿Eres tú, Príncipe mío? Te estaba esperando hace ya mucho tiempo.

Embelesado por estas palabras y aún más por el acento con que fueron dichas, el Príncipe contestó que la amaba más que a su vida [...]

La dama de honor, hambrienta como las demás, anunció a la Princesa que la comida esperaba en la mesa, y el Príncipe, ofreciendo el brazo a la Princesa, la acompañó a la sala del banquete. La Princesa no tuvo necesidad de vestirse para comer, porque llevaba ya los más ricos atavíos, aunque bastante pasados de moda. *El Príncipe era lo bastante cortés para no recordarle este pormenor y observar que iba vestida exactamente igual que su abuela*, con esclavina, aunque no menos bella por ello. (Perrault, 1985: 63-64)<sup>8</sup>

Bárbara no se sentía bella ni lo necesitaba, había descubierto un mundo y deseaba ir a su encuentro, sin importar las consecuencias; lo que fuera, a pesar de ella misma, lo viviría; hurgaría en el oculto pabellón hasta cerrar el capítulo de la historia, 100 años después, e iniciaría de nuevo.

Reconoció el lugar, y el corazón se le abatió en el pecho como el ave que se enreda en un lazo [...] El viento de octubre había acabado de desprender la espesa enredadera que yacía por tierra, arrugada y seca, dejando al descubierto las paredes.

Bárbara saltó por encima de la derrumbada puerta y entró en el hueco oscuro, donde el viento hacía ondular las telarañas [...] Un sentimiento oscuro se había apoderado de Bárbara (Loynaz, 1993: 115).

No había vuelta atrás, ahí estaba ante el misterio de la vida, representado por los baúles llenos de recuerdos, de papeles, de objetos, de vestidos a la usanza antigua que ella probó sobre su cuerpo ("mujer con vestidos antiguos, pero pensamiento nuevo", paradójicamente); cofres que contenían todo lo que una mujer hubiera necesitado para marcharse:

Un viaje, una fuga quizás. Pero una fuga lenta, medida, bien planeada. Todo se quedó preparado para el viaje, las llaves sin echar aún, en previsión de los olvidos de última hora [...] Todo se quedó allí: la mujer que se iba no llegó a irse o cambió de rumbo [...] Un rumbo para el cual no precisaba ya tanto equipaje. Viaje interrumpido (Loynaz, 1993: 117).

<sup>8</sup> Las cursivas son mías.

Esta bella durmiente no espera más, ella misma emprende el viaje (aquel que su bisabuela, la mujer, no pudo realizar) después de leer la emotiva y larga correspondencia del frustrado amante de su bisabuela Bárbara: "A", el desconocido jovencito pálido de la fotografía, quien en una carta de enardecido amor le escribe:

*Así como este pensamiento vive en mí ahora, yo viviré en él [recuerdo] para entonces; yo me eternizaré en él, tomaré vida y cuerpo en su sustancia inmortal, en lo que seguirá siendo él mismo, ya fuera de mí y conmigo dentro [...] (¡Qué alquimia la del amor!)*

[...]

*Era una mariposa, y tuve que romper la música porque había esperado un siglo y no podía esperar un minuto [...]. Adiós, Bárbara, te amo. Adiós.*

(Loynaz, 1993: 178-179)

No es la misma historia: el príncipe puede llegar o no llegar, la princesa quedarse o marcharse, o buscar ella misma su propia historia. En *Jardín*, la máxima siguiente ya no opera: "O la mujer es pasiva; o no existe" (Cixous, 2003: 519).<sup>9</sup> La Bárbara de 100 años después emprenderá el viaje. Se reafirma, así, que Loynaz en *Jardín* sí rompe la estructura patriarcal que Luisa Campuzano le niega, porque si no fuera así tendría que repetirse una y otra vez el patrón de la mujer sumisa en la acción e incluso en su pensamiento: "Érase una vez... De la historia que sigue aún no puede decirse: 'sólo es una historia'. Este cuento sigue siendo real hoy en día. La mayoría de las mujeres que han despertado recuerdan haber dormido, *haber sido dormidas*" (Cixous, 2003: 521).

Y ésta continua siendo historia real efectivamente, porque las mujeres han sido dormidas o se han dejado dormir; pero, en el universo ficcional de *Jardín*, Bárbara ha sido tocada por el huso liberador:<sup>10</sup> la curiosidad; de no ser así hubiese quedado anclada en la fórmula de la siguiente historia:

Érase una vez... y otra vez...

Las bellas duermen en sus bosques, esperando que los príncipes lleguen para despertarlas. En sus lechos, en

sus ataúdes de cristal, en sus bosques de infancia como muertas. Bellas, pero pasivas; por tanto, deseables. De ellas emana todo misterio. Es a los hombres a quienes les gusta jugar a las muñecas [...]

Ella duerme, eterna, está intacta, absolutamente impotente. Él no duda de que ella lo espera desde siempre.

El secreto de su belleza, guardado para él: ella posee la perfección de lo que ha acabado. De lo que no ha empezado. Sin embargo, respira. Justo lo suficiente de vida; y no demasiado. Entonces él la besará. De tal manera que, al abrir los ojos, ella sólo lo verá a él, a él en lugar de todo, él-todo.



Nahut Olin, *El abuzo*, 72 x 63 cm., óleo sobre cartón, s/f.

9 Y, claro, han sido dormidas, enajenadas con el cuento tantas veces narrado y repetido.

10 Luisa Valenzuela expresa en el cuento "No se detiene el progreso" de la obra citada: "La Brhada logró así abolir de manera elegante, y nada menos que por prohibición real, el uso del huso. Al menos en ese vasto reino y sus alrededores. Las hilanderas debieron de estarle agradecidas: ya no se llagarían más las yemas de los dedos hilando penosamente". (Valenzuela, 1998: 73)

—¡Qué sueño tan gratificante! ¿Quién lo produce? ¿Qué deseo se beneficia de él?

Él se inclina sobre ella... Cortan. El cuento se acabó. Telón. Una vez despierta/o, sería otra la historia. Entonces quizá habría dos personas. Con las mujeres nunca se sabe. [...] Ella se levanta —final del sueño—, la continuación es sociocultural, él le hace muchos hijos, ella se pasa la juventud pariendo (Cixous, 2003: 521-522).

Y, pues, no, no sucede el “se casaron y vivieron felices para siempre, colorín, colorado, que este cuento se ha acabado”. En ese momento la vida apenas comienza, y el lector se pregunta si sería preferible que Bárbara, la mujer, no hubiera despertado, que se hubiese quedado inocente, sin probar el huso ni el beso del hombre-príncipe, como en el cuento “4 príncipes 4” de Luisa Valenzuela:

Y cuando por fin encuentra a la bella princesa durmiente, la misma que lo espera desde siempre para ser despertada por él, no la toca. Sin besarla ni nada, sin siquiera sacarla de su facetado sarcófago de cristal, la hace transportar a palacio con infinitas precauciones.

Allí la ubica en una estan-

cia cerrada a resguardo del sol y desde lejos la contempla, inmóviles ella y él, distantes. Ella es una joya. Ella es hermosa y yace en su sarcófago como pidiendo el beso. Al príncipe el beso que despierta se le seca en la boca, se le seca la boca, todo él se seca porque nunca ha logrado aprender cómo despertar lo suficiente sin despertar del todo.

(Valenzuela, 1998: 77)

Si Bárbara no hubiera despertado, “entonces, todas las historias se contarían de otro modo”, como expresa Hélène Cixous (Cixous, 2003: 520); se cuentan ya de otro modo en los siglos XX y XXI, y por eso el discurso cambia respecto al del XVII, época de la monarquía de Charles Perrault; y por eso Dulce María Loynaz no permite que Bárbara quede inmóvil en su sarcófago de cristal, en la casa y el sombrío jardín; por eso la desprende del pasado y la conduce hasta el mar, hasta las rocas, mientras aún lee las cartas del ancestral amado: “Bárbara va ahora por un lugar negro, todo de rocas negras. Las rocas se perfilan bajo el cielo lívido, exangüe, delgadísimo, de una tenue transparencia de tripa azul de gusano” (Loynaz, 1993: 190), y así da lectura a la última y centenaria carta:

*Bárbara ha llegado al mar. En lo alto del acantilado, su silueta se dobla al golpe del viento [...] Tú quieres ser libre; tú quieres mover los pies y ensanchar tu horizonte [...] Desde el principio sólo has estado pensando en escaparte, o, mejor dicho, escapándote ya [...] No has sido mía nunca, aunque yo te haya apretado hasta sentir el crujido de tus huesos [...] Yo he pasado toda la vida tejiendo inútilmente lazos y cuerdas; tú los has esquivado todos, con pie ligero, con ojos puros y desconcertantes.*

*No has caído en una sola de mis trampas; ni en la del amor, ni en la del dolor, ni en la del espíritu, ni en la de la carne.* (Loynaz, 1993: 191)

“Él estaba allí, había estado siempre [...] Era él siempre, él eternamente; él, invencible; él, obstinado, terco, odioso. Bárbara sacudió las manos y abrió los ojos” (Loynaz, 1993: 193). Ésta que cuenta Loynaz es definitivamente otra historia: la bella durmiente va al encuentro del príncipe con los ojos bien abiertos; los besos vendrán después, también los hijos. Un “él” llegará al

Nahui Olin, Eugenio Agacino y Nahui en el Atlántico (detalle), 43 x 37,5 cm., óleo sobre cartón, 1934.

La Coaxaxa 49, julio-septiembre 2009



encuentro, azarosamente. No fue el príncipe que la buscó entre malezas y zarzales, entre polvo y telarañas; llegó un hombre hecho de agua a las orillas de una mujer hecha de tierra, de jardín: “¿Qué hacía aquella mujer allí, surgida como un hongo? Tenía carne de hongo. Le disgustó” (Loynaz, 1993: 201).

“Llevaba un vestido largo y flotante, que a él le pareció en extremo ridículo” (Loynaz, 1993: 202); ya tendría tiempo, como en los cuentos de Perrault y de Valenzuela, de cambiarle el atuendo por ropas más modernas que le permitieran lucirla en sociedad. Ya tendría mucho tiempo... “¿Desde cuándo no es ella una niña?” (Loynaz, 1993: 206).

Así, pues, sin que nadie protestara, ni ella misma, hizo [él] cortar sus largas trenzas color de río, de igual manera que ya había hecho cortar la cola de sus vestidos. Mostraba una singular antipatía por las cosas prolongadas. No satisfecho con esto, la llevó él mismo al gabinete de los peluqueros [...] Se ocupó personalmente del grado bermejo de su lápiz de labios, la atavió con los trajes diseñados por las modistas más refinadas, por los artistas en boga; hizo sonar sus pulseras de fantasía (Loynaz, 1993: 271).

Igual que en los dos cuentos referidos, el de Perrault y el de Valenzuela, el príncipe de la novela de Loynaz sigue el estereotipo orientado a cambiar la apariencia de la bella durmiente: “Él, tan viril, tan entero de ánimo y amplio de inteligencia, no desdeñaba el atender a estas minucias de la mujer amada” (Loynaz, 1993: 272). Insisto, con la escritora cubana: “Se parece como un póstumo a su hermano mayor, como un fantasma, como un cuento a otro cuento” (Loynaz, 1993: 48). “Cambiaban las ropas. Los hombres eran siempre los mismos” (Loynaz, 1993: 260).

Cien años después, “él” trajo la modernidad consigo en forma de una cámara fotográfica del año de 1910 (entre muchas otras formas: luz eléctrica, automóviles, salones de fiesta, reuniones de sociedad, viajes por todo el mundo, ruido, mucho ruido, prisa, mucha prisa), en la cual “recoge las más bonitas sonrisas de Bárbara, las tardes más claras, los vuelos más lejanos. Retratos nuevos” (Loynaz, 1993: 211); imágenes con las que ella fue liberándose de los barrotes que la ataban al jardín, pero atándose poco a poco a él, quien le resultó fascinante:



Nahut Olim, Nahut Olim y Agacino frente al mar (detalle), 72 x 63 cm., óleo sobre celotex, s/f.

¿Por qué quiere ella tenerlo? Será porque le habla del mundo, o le habla del mar, o porque se ríe mucho, o porque se le asemeja al hermoso almirante Nelson de su libro de Historia.

Él parece poseer todos los bienes de la Vida: la Salud y la Fuerza, la Juventud, la Alegría y la Paz [...] Tenerlo a él sería tener todo eso [...]

Los papeles se han invertido, ahora la bella durmiente es quien desea poseer al príncipe, para obtener todo lo que él es y que, en ese momento, admira; el siglo XX permite ese tipo de pensamiento, aunque en la época cuando se escribió la novela lírica *Jardín* (“entre 1928 y 1935, pero la autora no la dio a su publicación sino hasta 1951”) todavía era poco permitido en Latinoamérica hablar de este asunto, aún las mujeres eran *escogidas* y entregadas en casamiento a un esposo elegido por la familia. En el mejor de los casos, ella podía elegir al novio; sin embargo, no era la mujer la que pudiera desear en ningún aspecto al hombre. Por tanto, la novela es trasgresora, ya se ha mencionado.



De manera que la nueva durmiente ya no está dormida, sino muy despierta a la hora en que llega el consabido beso; ya eran amigos el marino y ella, ya habían paseado por la playa, en lancha... Él ya había terminado de reparar su barco, el *Euryanthe*, cuyo nombre correspondía a una heroína de leyenda nórdica (demasiado lejos de las playas del jardín), y debía marcharse. Estaban hablando en la playa, entre las rocas, no en una maravillosa habitación con una cama de oro; sin embargo, en un momento dado, le dijo: “no era eso lo que quería decirte; es otra cosa; es [...] que vengas conmigo” (Loynaz, 1993: 226).

Inesperadamente, él la besó en la boca. Era la primera vez que lo hacía, y le encontró en los labios un sabor amargo y frío, como de fruta verde o como de fruta conservada en nevera; de pronto le pareció haber mordido un pedazo de aquel limo que abundaba en la playa. [...]

—Es que tu boca sabe amarga... Sabe tal vez a lágrimas... ¿Has llorado?

Y ella negó con un leve gesto, ladeando la cabeza neblinosa.

—¡Mujer valiente! —dijo él de nuevo, y entonces la volvió a besar, y la besó muchas veces ya, con un despertado y tumultuoso ardor, hasta rendirla toda como un deshecho túmulo de rosas.

(Loynaz, 1993: 227)

Nada más impropio para una princesa que tener la boca amarga; además, el final del cuento no es “rendirla toda como un deshecho túmulo de rosas”, sino un “se casaron y fueron felices para siempre”. Sin embargo, aquí empieza el presente de la ancestral y tan actualizada princesa. El beso no fue el final de la historia, sino un recomenzar, un abrir su horizonte y lanzarse a la aventura con un hombre desconocido.

Bárbara corta las raíces de su edén, se juega el paraíso en pos de la nada y se

marcha con el marino (ya él su hombre y ella su mujer) en su barco con nombre de heroína de una leyenda nórdica, el cual luego se llamaría *Santa Bárbara*, en honor de ella; se marcha al mundo, a la ciudad; deja la habitación que ha ocupado desde niña; no la ata nada, ni siquiera la vieja Laura a quien no menciona más:

No sentía el más incipiente remordimiento, ni la más pasajera debilidad. Sabía que nadie la detendría, que podía marcharse, irse libremente sin que el piso se abriera a sus pies ni las puertas se cerraran a su paso [...] Lo cierto era que podía abandonar su casa en el momento que quisiera, en la seguridad de que los árboles del jardín no la sujetarían con sus tentáculos crispados.

(Loynaz, 1993: 234)

No había rey, reina, lacayos ni sirvientas que hubieran despertado con ella para hacer de su vida una felicidad eterna, que le organizaran el baile de la corte, con su príncipe azul; estaba sola, siempre lo había estado, y ahora se podía marchar a su larga travesía en barco, junto al bello innombrado, hasta llegar a nuevas tierras.

Se acabó la bella durmiente, abandonó el castillo con su maleza y su jardín: “Bárbara sale del jardín (¿América?), del espacio privado. Es llevada por el hombre

a la historia, al mundo del progreso y la técnica, la luz eléctrica y prisa enfermiza, al espacio público” (Araújo, 1995: 146); el mundo, ¿un mundo mejor? No, la luz eléctrica no le pudo mostrar un mundo mejor al que tenía en el jardín, y Bárbara anhela cada vez más su regreso. Ella nunca ha sido propiedad de nadie y nunca lo será.

¿En qué terminan, entonces, estas historias?, ¿en qué finaliza “La bella durmiente del bosque” revisitada? En el cuento de Perrault, el final del camino está decidido y andado: “Y fueron muy felices durante el resto de sus vidas, después de haber sufrido mil injusticias y contrariedades. Éste es el mensaje que suelen encerrar los cuentos de Perrault: el bien y la bondad siempre acaban triunfando”.<sup>11</sup> Sin embargo, Luisa Valenzuela en el cuento “No se detiene el progreso” hace una larga ironía del final feliz, pues son felices mientras nada cambie en los papeles que la sociedad le ha conferido a las mujeres:

El mundo no le ha pasado por encima porque el mundo, con todo su horror y destemplanza, no concierne a las damas. Ella toca el laúd como un ángel, sabe cantar y bordar y hacer bolillo, es a más no poder hermosa, y si de vez en cuando su cuerpo desprende un cierto olor a moho y su vello púbico se hace como de liquen, al príncipe no le importa. Ella no se preocupa por esas nimiedades y el príncipe la quiere tal cual, inocente de todo cuestionamiento vano.

La ama así y no le importa mientras ella no intente abandonar sus aposentos o enterarse de las cosas de la corte. La ama con pasión creciente mientras ella se sumerge cada vez en sueños más profundos. (Valenzuela, 1998: 75)

Exacto, mientras las mujeres no quieran despertar, no existe problema alguno para el príncipe de los siglos XVII o XXI; el problema, dice Hélène Cixous, sobreviene cuando la mujer despierta y se pone de pie, porque ahí empieza la verdadera historia:

La armonía, el deseo, la proeza, la búsqueda, todos esos movimientos son previos [...] a la llegada de la mujer. Y más exactamente *al momento en que se levanta*. Ella echada, él de pie. Ella se levanta —final del sueño—, la continuación es sociocultural, él le hace muchos hijos, ella se pasa la juventud pariendo; de cama en cama, hasta la edad en que deja de ser mujer [...] Sueño de hombre: la amo, ausente luego deseable, inexistente, dependiente, luego adorable. Porque no existe allá donde está. Como tampoco está allá donde existe. Entonces, ¡cómo la mira! Cuando ella tiene los ojos cerrados; cuando él la comprende por completo, y ella es sólo esta forma hecha para él: cuerpo prisionero en su mirada. (Cixous, 2003: 522-523)

La mujer, sin embargo, siempre despierta, y las historias continúan y son diversas, sobre todo si ella decide cambiar su rumbo (y desde el siglo XX lo decide, aun cuando se sabe que siempre



Eugenio Aguirre y Nahui en el Atlántico, 43 x 37.5 cm., óleo sobre cartón, 1934.

La Caramelo, julio-septiembre 2005

11 Almacellas Bernadó, Ma. Ángeles, “Los cuentos de Charles Perrault y su carácter formativo”, <http://www.hottopos.com/videtur26/angeles.htm>, consultada el 12 de julio de 2007.

han existido y existirán mujeres insumisas).

De manera que tres finales, de manera que las historias se cuentan de distintos modos; por ello, Dulce María Loynaz tiene para Bárbara el final etéreo de quienes no fueron para siempre felices; el final sin el marino con quien recorrió el mundo, tuvo hijos, dinero, propiedades, sirvientes y una vida renovada (junto a él también vivió los horrores de la guerra mundial, en la que “muchos volvían con una medalla a cambio de una pierna”) (Loynaz, 1993: 284).

“Fue entonces, recién terminada la guerra y en los inicios de la primavera, cuando Bárbara tuvo una nueva curiosidad: la de visitar, en vía de paseo, los lugares donde había transcurrido su infancia”. Ella decidió cambiar el rumbo, volver a dejar todo, como cuando abandonó el jardín tras las rejas, cerca de las rocas y del mar. “The day is done”. El cuento feliz había terminado. Entonces él supo que no era suya, que jamás lo sería; era de ella, propia.

Y así como nadie la buscó ni preguntó por ella cuando, muchos años atrás, se marchó del jardín, ahora ambos sabían que llegado el momento ella regresaría al jardín y nadie volvería a recordarla... *The day is done*.

Él y Ella se embarcaron en el *Santa Bárbara*, atravesaron el mundo hasta llegar a las dulces orillas de su infancia:

Allí estaban su casa y su jardín, donde las vanas luces terrenales nunca habían osado penetrar. Allí podría dormir siquiera un poco... ¡Qué buen sueño se dormiría allí!

Dormir, volver, reintegrarse al vientre tibio de la sombra sin nacer todavía, sin saber de las luces de los hombres.

Su tierra la llamaba quedamente, la llamaba por su nombre íntimo que nadie sabía, y ella se sentía conmovida ante la insinuación de su tiniebla, ante el olor de su transpiración húmeda y verde.

(Loynaz, 1993: 301)

Bárbara se fue, y el príncipe la dejó ir sin aspavientos; se marchó en el *Santa Bárbara* para no volver. Ella perdió el jardín cuando se marchó, sola, sin nada auestas, y lo cambió por la modernidad; ahora, a su llegada, sola, sin





nada a cuestras, aquello era una selva casi infranqueable como no imaginó en ningún momento. Lo que menos imaginó, sin embargo, fue que la modernidad también llegaría al jardín, y que lo volvería a perder todo.

Frente a las consecuencias, negativas pero inevitables, de la modernidad, Hotel de moda, casino elegante en ciernes. Embrión de balneario para niños pobres, quizás [...] Alguna de las cosas bonitas de la civilización invasora, se dice en el epílogo. La luna rota, enterrada por Bárbara, reaparece ahora como un desdeñable disco de hojalata. Triunfo de la civilización sobre la naturaleza, pero Bárbara, por siempre, por arriba, por abajo, por siempre [...], esencia, sigue en el jardín y pega su cara pálida a los barrotos de hierro [...]

(Araújo, 1995: 150)

"Pasó un minuto y pasó un siglo"; la bella durmiente volvió a su castillo, a la maleza, a dormir de nuevo quizá otros 100 años, pero ahora en medio de las ruinas del esplendor que algún día fuera la casa, y el lejano y oculto pabellón en el tiempo de su bisabuela. A su llegada, sólo las ruinas, "una pared que daba consistencia a su contorno", y a un lado, el ruido y la modernidad que había alcanzado su más profunda intimidad: el jardín. Volvió Bárbara al antiguo y etéreo amado, al trozo de jardín al que pertenecía, al que se reintegraba.

Bárbara no muere explícitamente, aunque siempre queda la duda: "No hay muerte física porque su final es reintegrarse y convertirse, ahora más que nunca, en esencia de esencias, por los siglos de los siglos" (Araújo, 1995: 148). *l.c.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Almacellas Bernadó, Ma. Ángeles, "Los cuentos de Charles Perrault y su carácter formativo", <http://www.hottopos.com/videtur26/angeles.htm>, consultada el 12 de julio de 2007.
- Araújo, Nara (1995), "El alfiler y la mariposa, la sombra y la luz: convención y transgresión en la poética de Dulce María Loynaz", *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-I, año XV, núm. 37, julio-diciembre.
- Campuzano, Luisa (1995), "Últimos textos de una dama: crónicas y memorias de Dulce María Loynaz", *Casa de las Américas*, Cuba, núm. 201, octubre-diciembre.
- Cixous, Hélène (2003), "La joven nacida", en *Textos de teorías y crítica literarias (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, selección y apuntes introductorios de Nara Araújo y Teresa Delgado, México, Universidad de La Habana/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Guerra, Humberto (2002), "Fantasía femenina y fantasía masculina en dos novelas cubanas: *Jardín y Paradiso*", *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-I, núm. 52, enero-junio.
- "Historia de Francia, Edad Moderna", en [http://es.wikipedia.org/wiki/Historia\\_de\\_Francia#Edad\\_Moderna](http://es.wikipedia.org/wiki/Historia_de_Francia#Edad_Moderna), consultada el 13 de julio de 2007.
- Loynaz, Dulce María (1993), *Jardín. Novela lírica*, Barcelona, Seix Barral.
- Perrault, Charles (1985), *Cuentos de Perrault*, México, Porrúa (Sepan cuantos..., núm. 263).
- \_\_\_\_\_, *La bella durmiente*, <http://perrault.edyd.com/04-labelladurmiente.htm>, consultada el 12 de julio de 2007.
- Valenzuela, Luisa (1998), "Cuentos de Hades", en *Cuentos completos y uno más*, México, Alfaguara.